

ARQUITECTURA

ORGANO OFICIAL DE LA
SOCIEDAD CENTRAL DE
ARQUITECTOS.

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PRÍNCIPE, 16

AÑO VI

Madrid, noviembre de 1924.

NUM. 67

SUMARIO

L. GIL FILLOL.....	Juan de Herrera, soldado y arquitecto.
PAUL LINDER.....	La construcción de rascacielos en Alemania.
L. TORRES BALBÁS.....	Arquitectura española contemporánea.
LUIS BLANCO SOLER.....	Erich Mendelsohn.
	Libros, revistas, periódicos.

Juan de Herrera, soldado y arquitecto

EN los tercios del capitán Medinilla, reclutados especialmente entre caballeros nobles, poetas y artistas, figuraba un joven soldado que se había distinguido por su heroísmo en las acciones del Piamonte y el Senés. Tanta era su fama de militar y matemático, que al dejar Italia para marchar a Flandes el general Francisco Gonzaga, lo nombró arcabucero de su guardia. Poco después entraba al servicio del emperador Carlos V, con quien regresó a España y se refugió en el monasterio de Yuste. Muerto el emperador, el soldado, sin empleo, se trasladó a Madrid, siendo requerido por Honorato Juan, maestro del príncipe D. Carlos, hijo del nuevo rey Felipe II, para que le ayudara a copiar los dibujos de un libro de época de Alfonso *el Sabio* que existía en la Universidad de Alcalá de Henares. Los ejecutó en 1562 tan a la perfección, que cuando al año siguiente el arquitecto Juan Bautista de Toledo pedía un ayudante para las comenzadas obras del Escorial, Felipe II propuso al ex arcabucero, señalándole un sueldo de 100 ducados anuales. (Notas de Ceán Bermúdez a *Noticias de arquitectos y arquitectura de España*, por Eugenio Llaguno.)

Llamábase el soldado-arquitecto Juan de Herrera Gutiérrez de Maliaño, y su nombre no era del todo desconocido al rey. En 1548, cuando Herrera cursaba en Valladolid Humanidades y Filosofía, formó parte de la ilustre comitiva que el prin-

cipe Felipe llevó a Bruselas para presentar a su padre, Carlos V, lo que había en España de más saliente en las Ciencias y el Arte. Aunque Herrera quedó en Bruselas tres años aprendiendo Arquitectura y Matemáticas, sus aficiones militares le obligaron a dejar los estudios.

Tan arraigado estaba entonces el espíritu bélico en nuestro país, que no hubo noble, ni poeta, ni artista que no abrazara la profesión de las armas, con olvido, muchas veces, de sus naturales aptitudes.

Así el caso de Herrera.

Descendiente de una familia noble, nacido en Asturias, en el lugar de Mobeillán, valle de Valdaliga, en 1530, hijo de Pedro Gutiérrez de Maliaño y María Gutiérrez de la Vega, pasó a estudiar a Valladolid bajo la dirección de su abuelo paterno, Ruy Gutiérrez de Maliaño, aplicándose singularmente al cultivo de la arquitectura, hasta que el viaje del príncipe Felipe torció su vocación. En 1553 sentó plaza en los tercios de Medinilla. Fué soldado distinguido en Italia y Flandes. Y al fin, el mismo príncipe Felipe que lo alejó de la arquitectura, le volvió a ella, requiriéndole para continuar las obras de la fábrica del Escorial.

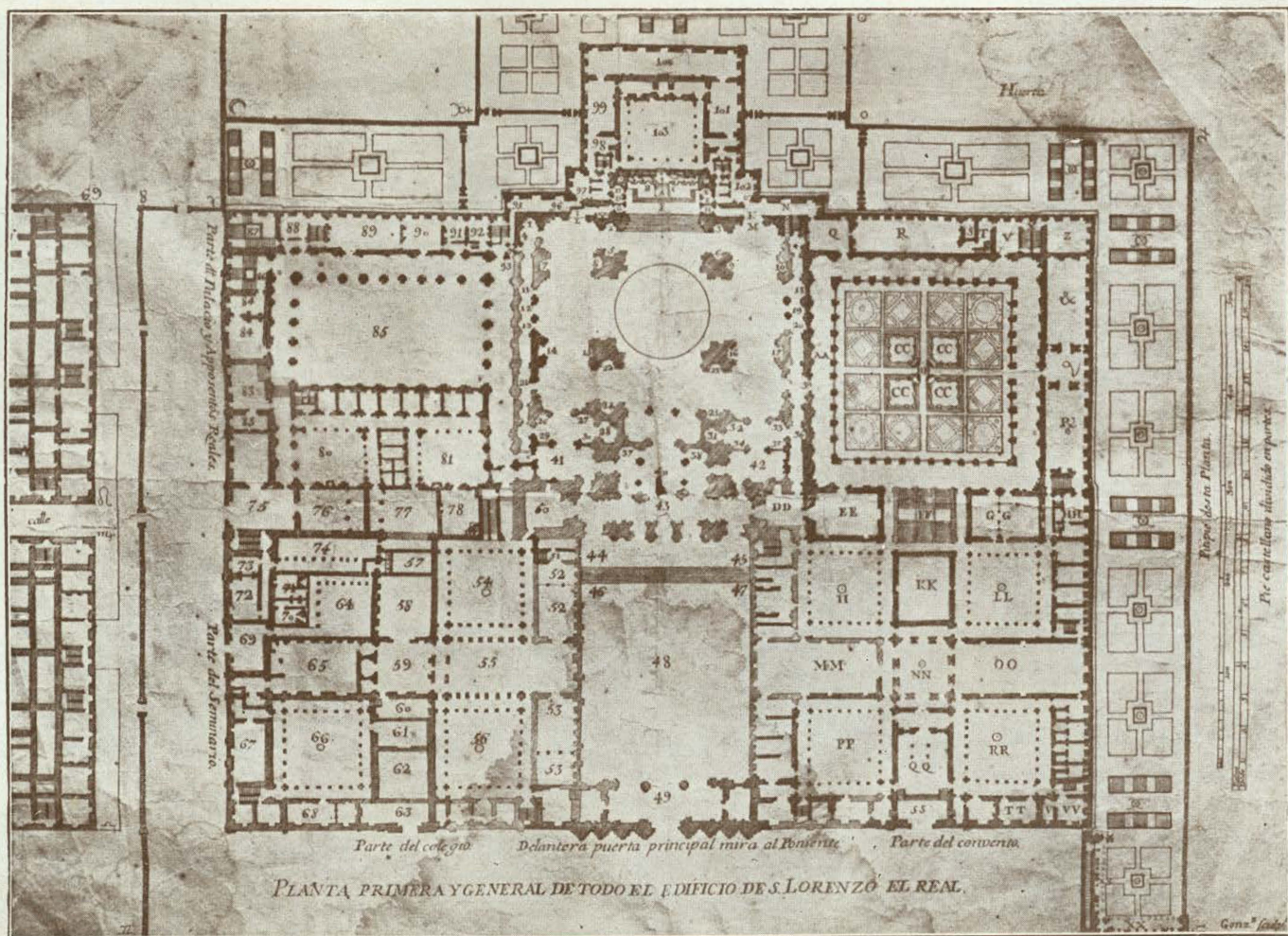
Sin embargo, la fama de Herrera era mayor como militar que como arquitecto, y en los comienzos se desconfiaba de sus verdaderas aptitudes.

El historiador Juan de Arfe asegura que la muerte de Juan Bautista de Toledo (1567), a quien se debían los planos primitivos del Escorial (atribuidos por los franceses errónea o tendenciosamente al francés Luis de Fox), produjo enorme confusión en la Corte por creer que nadie tenía títulos bastantes para sustituirle. Pero Felipe II no vaciló gran cosa. El mismo año de 1567, por Real cédula, elevó el sueldo de Herrera a 250 ducados, y al morir Toledo le hizo arquitecto mayor de las obras reales, aunque sin nombramiento oficial ni aumento de remuneración.

Todas las mercedes que por su nuevo cargo obtuvo entonces Juan de Herrera quedan reducidas a la incorporación al monasterio del Escorial de la Comunidad de San Bartolomé del Pie del Puerto, de la que era prior fray Francisco de Herrera, primo del arquitecto.

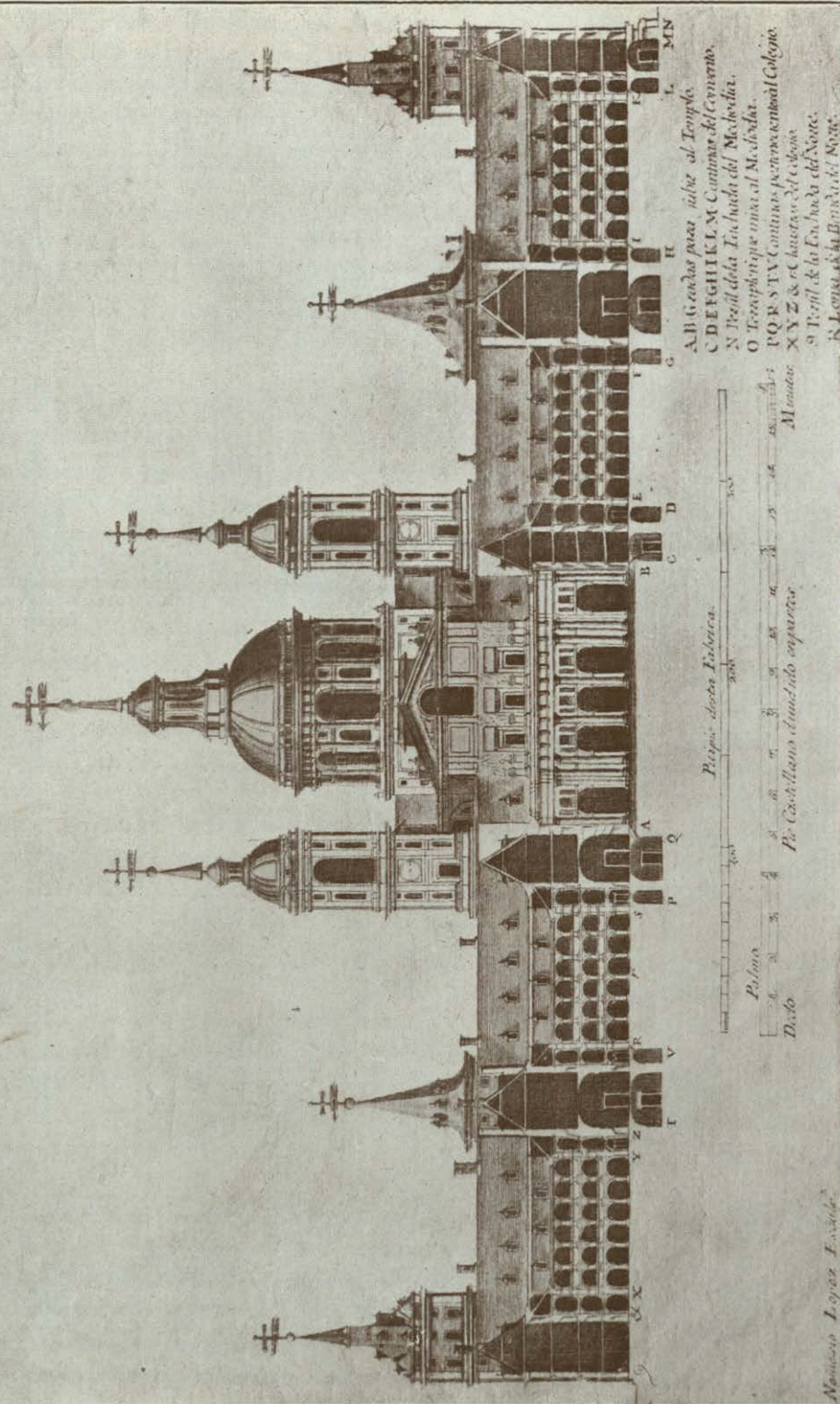
Esta incorporación obligaba a ampliar las habitaciones destinadas a residencia de los frailes, y en esa labor empezó a destacarse el talento de Herrera. Se hicieron muchos proyectos de reforma, aceptándose por último el de fray Antonio de Villacastín, consistente en elevar un piso sobre la planta trazada por Toledo. Juan de Herrera preparó los planos, combinando una serie de torres para disimular el desnivel de altura de los varios cuerpos del edificio. Por cierto que la modificación se introdujo ya comenzada la fachada sur, donde todavía puede advertirse la desigualdad.

Después dirigió Herrera la construcción de la basilica, inspirada, como se sabe, en los bocetos de Pacciotto, copia exacta de la del Vaticano, por lo que el arquitecto del Escorial hubo de proyectarlos de nuevo, rectificando los frontis del crucero y acomodando las líneas generales al orden dórico. También fué obra suya el traslado a la portada principal de los campanarios del templo. Aparte estas innovaciones, Herrera imprimió al conjunto su estilo personal, sobrio, elegante e imponente.



DE LA COLECCIÓN DE D. JUAN FERNÁNDEZ.

OT ORGAEITA DELA ENTEADA DEL TEMPL O DE S LORENZO EL REAL DEL I. SCVRAL I SE CION INTERIORE DEL CONVENTO I COLEGIO

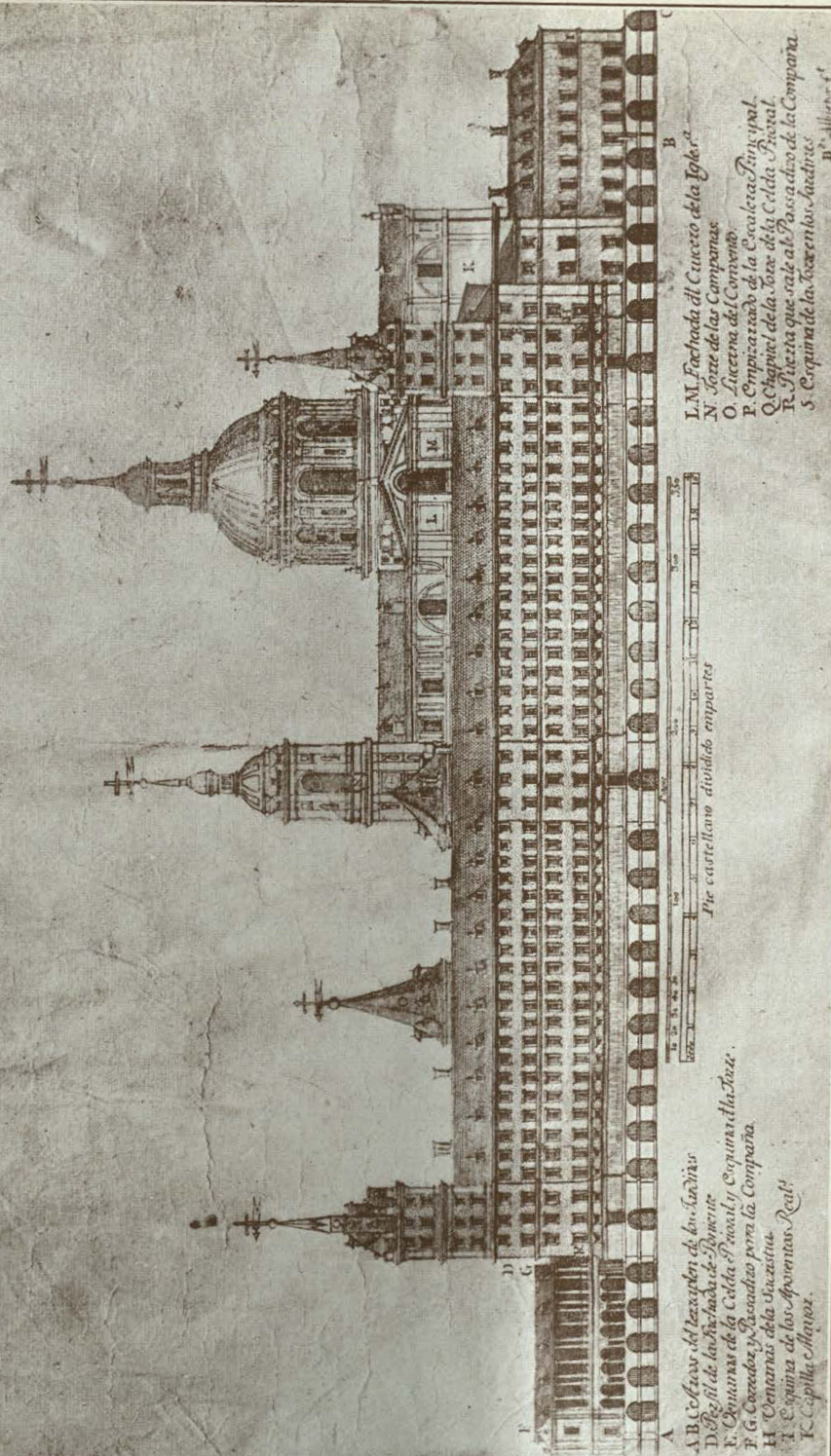


Fot. Gil Miquel.

DE LA COLECCIÓN DE D. JUAN FERNÁNDEZ.

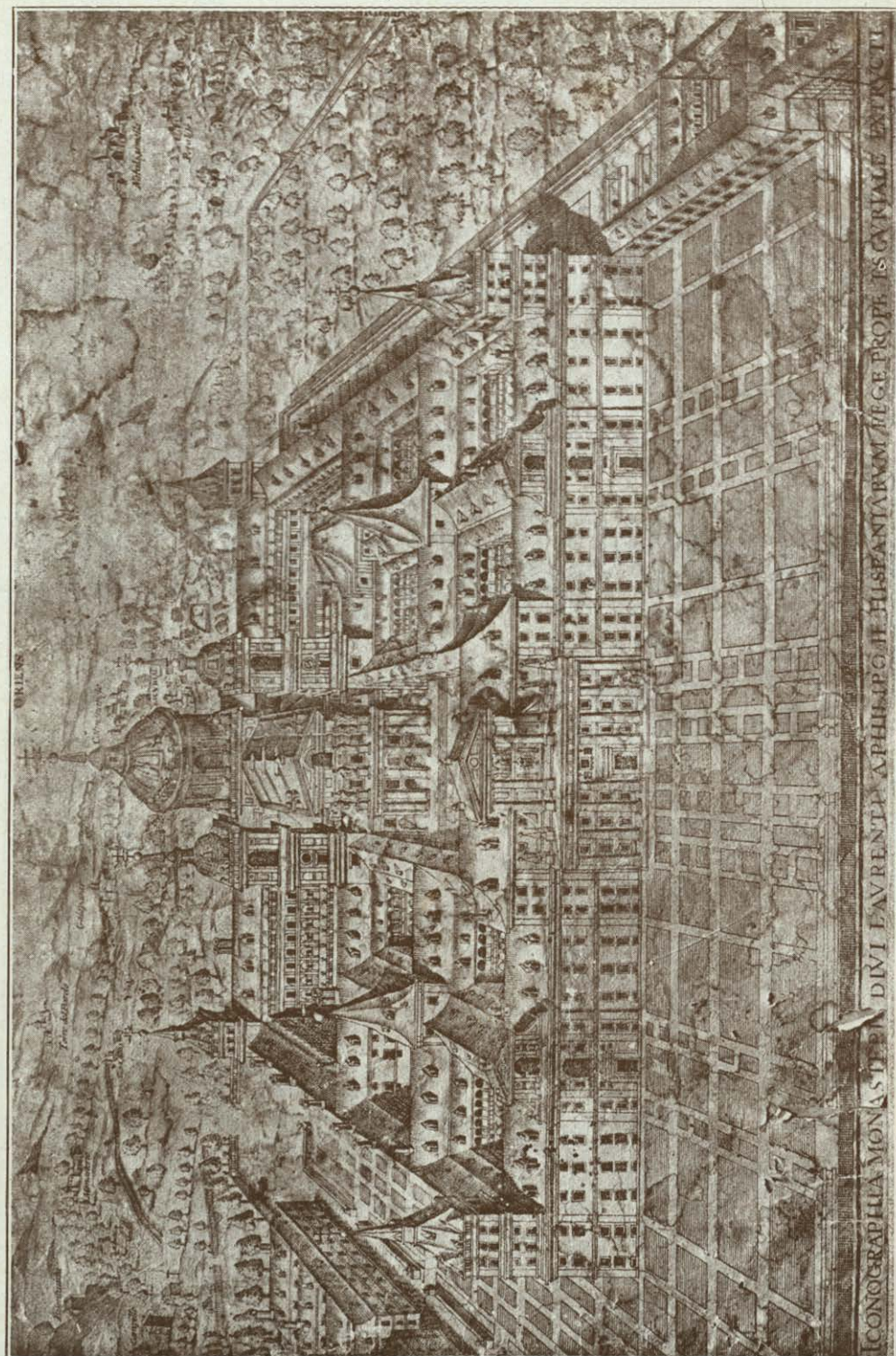


ORTHOGRAPHIA EXTERIOR MERIDIONAL DEL TEMPLO, CONVENTO DE S.^{to} LORENZO EL REAL DEL ESCURIAL, CAPUCHINOS REALES.



DE LA COLECCIÓN DE D. JUAN FERNÁNDEZ.

Fot. Gil Miquel.



DE LA COLECCIÓN DE D. JUAN FERNÁNDEZ.

Fot. Gil Miquel.



En ese estilo, que tiene la solidez guerrera de una fortaleza y la elegancia civil de un palacio real, donde se funden la severidad religiosa de un monasterio y la sugestión evocadora de un monumento conmemorativo, se armonizan igualmente las inclinaciones militares y artísticas de Herrera. El arquitecto ilustre y el soldado heroico están allí bajo la mole egregia de granito. Por eso El Escorial es toda una época que nadie como Juan de Herrera, arcabucero del rey, aposentador de la Corte, militar de los tercios, hombre de confianza de Carlos V en los años del recogimiento en Yuste, amigo y protegido de Felipe II en los días de mayor esplendor de España, noble por su familia, reciamente preparado en las aulas de Valladolid y Alcalá de Henares, adueñado del espíritu belicoso que dominaba todas las aventuras del país, instruído en sus viajes por Italia y Flandes, podía traducir tan fielmente en la piedra.

* * *

Otras muchas obras emprendió Juan de Herrera, que no es esta la ocasión de enumerar más que sucintamente: la capilla de Aranjuez; la Casa de los Oficios con los pórticos que la unen al palacio; las fachadas corintia y del mediodía del Alcázar de Toledo; la reconstrucción de la plaza de Zocodover de la imperial ciudad; la Casa de Contratación de Sevilla; la catedral de Valladolid; el puente de Segovia, en Madrid; el que existe entre Galapagar y Torrelodones; parte de la Casa de Oficios del palacio del Prado; los templos de Valdemorillo y Colmenar de Oreja; el palacio de Carlos V, de Granada; el convento de la Encarnación, de la corte; el Ayuntamiento toledano; varios retablos, entre ellos el de Santa Cruz, de Segovia, y muchos edificios particulares en Valladolid y Madrid.

Pero ninguno como El Escorial refleja tan exacta y transparentemente su gusto arquitectónico.

El Sr. Lampérez califica la arquitectura herreriana de «silogismo en piedra». En efecto, con Herrera llega la arquitectura española a su grado de mayor simplicidad. Resolver los problemas de estereotomía por deducciones naturales, y sobre todo por deducciones puramente arquitectónicas, sin el concurso de la escultura, del que tanto abusan los arquitectos precedentes, era el ideal artístico de Herrera. El sabio arte egipcio había dado ya una interpretación análoga. Las «mastabas» y las pirámides de las primeras dinastías faraónicas tienen demasiada elocuencia para que su concepto arquitectónico pasara inadvertido. Arte de solidez, de resistencia desafiadora, de duración eterna, proclama, aparte su ingenuidad primitiva, el carácter esencial de la construcción. Hasta el período gótico la arquitectura viene siendo eso, pues si bien se auxilia de las artes de la decoración, procura hacerlo sin perder sus características predominantes. El arte gótico, por el contrario, rompe los muros, sutaliza las pesadas moles de piedra, corona de floridas cesterías todo el edificio y comunica a las construcciones más fuertes una ligereza insospechada.

En nuestro país el período gótico se agotó por un exceso de elementos decorativos escultóricos que habían de dar paso a la exuberancia ornamental del estilo plateresco.

En ese instante sobrevino la beneficiosa reacción de Juan de Herrera. La evolución no se hizo, sin embargo, violentamente. Lo mismo que del gótico se pasó al plateresco por transiciones lógicas, que empiezan con el predominio gótico para acabar con la imposición de la arquitectura clásica, así del plateresco («plate-resco-clásico puro» le llama el Sr. Lampérez) se fué al neoclasicismo del primer Renacimiento, dando lugar a la formación del estilo herreriano, rico, crudo y desprovisto de efectos decorativos. Que la reacción era necesaria lo demuestra el incremento que tomaban poco después las disparatadas fantasías ornamentales. Lo conocido por «churriguerismo» es la mejor demostración del mal gusto de esa tendencia hiperbólicamente decorativa. El «manuelismo» en Portugal, el «rocall» en Francia y el «churriguerismo» en España, marcan la fiebre máxima del delirio arquitectónico. Por fortuna, la influencia exclusivamente oriental, no prosperó ni dejó otros lamentables vestigios que los resucitados luego en el llamado modernismo.

Mientras los discípulos de Churriguera, Narciso Tomé y Pedro Rivera, se esforzaban por continuar los excesos mutuarios en la arquitectura, los de Herrera, Francisco Mora y Juan Gómez de Mora, habían logrado formar una escuela que se abría camino entre los disparates churriguerescos, hasta dar origen a un nuevo estilo nacional seudoclásico, cuyos mejores representantes fueron Juan Villanueva y Ventura Rodríguez.

Los que afirman, pues, que el estilo de Herrera se perdió definitivamente en las obras del Escorial, ignoran que su espíritu — adaptado a las conveniencias y circunstancias de cada época — ha seguido manteniéndose en todos los periodos de la arquitectura española. Muchos edificios y monumentos modernos podrían comprobarlo.

* * *

Pero volvamos a nuestro arquitecto.

Repasando los documentos que Eugenio Llaguno cita en su obra *Noticias de arquitectos y arquitectura de España*, nos encontramos a Juan de Herrera casado con D.^a María de Alvaro, dama principal, emparentada con las familias más nobles del siglo XVI. Sus padres, Pedro de Alvaro y Elvira Ortiz de Iburguen, fundaron varias capellanías, instituciones de caridad y una memoria para casar huérfanas, de las cuales fué patrona su hija, heredando el esposo el cargo a la muerte de aquélla.

No se sabe ciertamente si del matrimonio hubo descendencia, aunque en el libro *Conquistas de Filipinas*, el padre fray Gaspar de San Agustín, al hablar de fray Antonio de Herrera, prior del convento de San Agustín, de Manila, dice era hijo del famoso arquitecto Juan, y que había trabajado con su padre en las obras del monasterio escurialense. A este propósito recoge Ceán Bermúdez una tradición que circulaba entre los Padres Agustinos de Manila, según la cual fray Antonio había cometido una muerte en España, y al solicitar el arquitecto Herrera clemencia para su hijo, Felipe II le aconsejó que huyera a las colonias. Antonio se hizo fraile y acabó sus días cristianamente en el convento de Manila.

Estas son las únicas referencias del episodio.

En cambio se sabe documentalmente, por las ya citadas aportaciones de Llaguno, que Herrera contrajo matrimonio en segundas nupcias, en 1581, con doña Inés de Herrera, «doncella de corta edad, a quien dotó con cien ducados».

Era hija de Marcos Herrera, dueño de la casa de Maliaño, árbol genealógico también a que pertenecían los ascendientes de Juan.

En 1584 tuvieron una hija, a la que se puso Lorenza de nombre, y cuando ésta apenas contaba veinte días, enfermó su padre gravemente, otorgando testamento ante el notario Pedro Salazar el 6 de diciembre.

Juan de Herrera hace importantes donaciones benéficas, dejando el resto de la fortuna a la hija. Dispone que se le entierre en la iglesia de San Nicolás, en la capilla de D. Juan Méndez de Sotomayor, alcaide de Agreda, y que a los ocho meses del enterramiento lo trasladen a la parroquia de Maliaño, a la misma sepultura de su abuelo, como gratitud a los desvelos de éste para su educación.

Igualmente deja dispuesto que las obras por él comenzadas las continúe su discípulo Francisco Mora.

Aunque Herrera no murió de esa enfermedad, la última parte del testamento hubo de cumplirse en seguida, retirándose el famoso arquitecto del Escorial a su casa de la parroquia de Santiago, donde medio paralítico, pasó el resto de la vida al cuidado de su ya cuantiosa hacienda. Murió el 15 de enero de 1597.

El rey, que a partir del nombramiento de arquitecto del Escorial premió sus grandes méritos habiéndole aumentado el sueldo a 800 escudos pocos años antes de la muerte, dándole casa para él y su familia en el monasterio y haciéndole aposentador mayor de Palacio, le concedió, por último, una merced de mil ducados sobre las Salinas de Cuenca, y otras pensiones más reducidas sobre minas de Asturias. Todos estos beneficios siguió disfrutándolos la viuda, por expresa voluntad del monarca, quien quiso así corresponder al talento y fidelidad de Juan de Herrera.

Felipe II murió al año siguiente, en septiembre de 1598.

De su paso por el trono de España debe recordarse, entre otras muchas obras beneméritas, la fundación de la «Academia de Matemáticas para promover los adelantos de la navegación y la arquitectura».

GIL FILLOL.

